

## La representación del asiático en las crónicas policiales de la prensa peruana a inicios del S. XX. Análisis de casos

### **Introducción**

Este proyecto de investigación indaga en la identidad construida del sujeto chino en el proyecto modernizador de la República Aristocrática (1899-1919). Para ello, se estudiará las representaciones emitidas por la prensa del periodo, específicamente la otorgada por el género policial, siendo los casos de análisis la revista *Variedades* y los periódicos *La Prensa*, *El Comercio* y *La Crónica*. El periodo de estudio se inicia con entrada el siglo XX (1900) y termina con el ascenso al poder de Augusto B. Leguía en 1919. A lo largo del trabajo, se analiza la construcción de estereotipos raciales asociados a patrones de comportamiento moderno brindados por las élites aristocráticas.

Es necesario contextualizar la temática de la presente tesis dentro de los estudios en torno a la inmigración china y el carácter de la élite de la República Aristocrática, para encontrar en su interacción las respuestas a los fundamentos que condicionan su alteridad legalidad ambivalente, trasladadas estas a su ficcionalización como *otrera*. En ese sentido, la relevancia de las publicaciones periódicas reside en ser las difusoras de los valores y las prácticas modernas en la opinión pública limeña de inicios del siglo XX, de ahí que sea un importante para estudiar la sociedad y la cultura. Adicionalmente, este trabajo pretende aperturar nuevos senderos a la sinología, tratando de abordar desde el campo literario las representaciones discursivas sobre la comunidad china, relacionando la instancia de la escritura con la construcción de sentido devenida de las élites dominantes.

Como parte de los objetivos del trabajo, en primer orden, se busca analizar el papel de la prensa y la retórica discursiva empleada para la reproducción del proyecto modernizador. Nos interesa cómo han organizado la textualidad los elementos para la dominación y autoridad sobre el *otro*. En segundo lugar, se busca indagar en la identidad asiática a través de los discursos cronísticos referidos al inmigrante asiático, analizando la subalternidad configurada y la consecuente dinámica establecida entre la aceptación y la resistencia de las ideas y prácticas modernas. Nos interesa adoptar una perspectiva cultural que examine las representaciones ideológicas que suponen cuestiones de identidad.

## **1. Marco teórico interpretativo**

### **1.1. La teoría semiótica y la construcción de verosimilitud en el discurso**

En lo correspondiente al análisis de casos utilizaremos el marco teórico semiótico, para trabajar en la semiótica del discurso desde un aspecto social, enfocado a los procesos de producción de sentido y construcción social de la realidad. Como este trabajo se centra en el componente "narrativo" de las crónicas y considerando además que su objetivo es ahondar en el imaginario social del sujeto asiático presente en la discursividad de las crónicas policiales; se pondrá énfasis en la función semiótica de asignar a determinados significantes determinados significados, es decir, en las estructuras de base de la representación.

Para ello, nos apoyamos en desarrollos teórico-metodológicos de autores como Foucault y Barthes, pensadores del análisis crítico del discurso que refieren las relaciones entre discurso y sociedad. Teniendo como base a Roland Barthes y su artículo "El efecto de realidad" (1994)<sup>1</sup>, retomamos las proposiciones referentes al "realismo" en el discurso: 1) el discurso no tiene responsabilidad con real y 2) no hay realismo fuera de los criterios de representación; para concebir al realismo contemporáneo como una "nueva verosimilitud" de las obras literarias de la modernidad. Y es que según el autor, más que una "realidad" existe el "efecto de lo realidad"; donde real se transforma en significación connotativa, presente en aquellos elementos superfluos y no evidentes. Estas últimas que no afectan las acciones que estructuran el relato y que son dispuestos como "inútiles", "carentes de sentido", logran la connotación realista y conforman el plus de significación, el fundamento de lo verosímil que rodea la estética de las obras.

El carácter de los hechos no serían garantías de verdad, sino solo forman parte de una estrategia de representación, que ocultan que el carácter del relato es arbitrario. Según Barthes esta diferencia es la que distingue el nuevo tipo de verosimilitud que enlaza el significante a su referente sin la mediación (conceptual) del significado. En ese sentido, el "realismo" depende solo de esta configuración de lo verosímil, formando este

---

<sup>1</sup> Barthes, Roland. "El efecto de realidad", en *El susurro del lenguaje*, 1994.

parte de una retórica de la prueba: una manera de producir verdad o una forma de decir que el público creerá posible. Creemos que este punto es trascendente porque, si bien lo que diferencia a la crónica como tal es su libertad en el modo de transmitir la información, la centralidad otorgada al "hecho en cuestión" es un modo de apelar a un cierto anclaje de objetividad; de modo que el valor de la verosimilitud será de gran importancia en tanto aquello que se informa busca ser "verdad". La descripción periodística apunta entonces a subrayar la fuerza del referente, a hacer valer la circunstancia de "haber estado allí", a producir "el efecto de realidad fundamento de ese verosímil."<sup>2</sup> Esto es fundamental para entender la lógica enunciativa de la verosimilitud, la cual complementa la producción y reproducción social de sentido.

Sin embargo, debemos tener en cuenta que lo verosímil tanto en una obra como en un discurso no contradice ninguna de estas autoridades: la moral y el sentido común; por lo cual se enmarcan en la "ideología de la norma mayoritaria, de la opinión pública"<sup>3</sup>, Complementado esto, Metz señala que lo verosímil presentaría dos lecturas o actitudes: por un lado, la señalización de los aspectos representables de la realidad; y por otro lado, es una estrategia de veracidad: "La segunda actitud es de quien trata de convencer, de reproponer la naturaleza de las cosas, disfrazando la naturaleza lingüística de la operación reproductora [...] un comportamiento colmado de mala conciencia"<sup>4</sup>. Una tendencia que desde el plano político significa la consolidación hegemónica o la "verdad del poder", tal como describe Foucault: "el conjunto de reglas según las cuales se distingue lo verdadero de lo falso y se aplica a lo verdadero efectos específicos de poder"<sup>5</sup>; aspecto que a su vez es fundamental para comprender la figuración compleja del delito: "La noticia sobre el crimen es texto para la mirada oblicua sobre los imaginarios de la época y sobre los estados de las relaciones de poder"<sup>6</sup>.

Desde esa perspectiva, aquella articulación entre la información narrativa y la argumentación verosímil -ajena a la comprobación histórica o científica- brindará no solo una representación delictiva del sujeto asiático, sino además una representación de las relaciones de poder hegemónico y subalterno; motivo por el cual se justifica la

---

<sup>2</sup> *Ibíd.* pp. 100.

<sup>3</sup> *Ibíd.* pp. 109.

<sup>4</sup> Metz, Christian. *Semiología del cinema*. 1972, pp. 319.

<sup>5</sup> Foucault, Michael. *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. 2005, pp. 155.

<sup>6</sup> Martini, Stella. *Periodismo, noticia y noticiabilidad*. 2000.

importancia de la verosimilitud para el análisis de las crónicas. Y es que particularmente en la crónica policial, la información transmitida convivirá con esta representación de que lo asiático es lo subalterno, dándose una suerte de parcialidad a la hora de juzgar sus posiciones de víctima o criminal; por lo tanto, aunque la prensa manifestase ser un observador imparcial, el discurso construido asumirá una preferencia a lo criollo, en tanto sea el grupo “correcto” frente a lo asiático visto como “inferior”. Debido a esto, el discurso de la crónica policial construye una verosimilitud en función de la connotación ideológica hegemónica, pues lo que se intenta es “fundar una cultura a partir del delito”<sup>7</sup>, es decir, excluir la anticultura y generar sobre todo un sentimiento de culpabilidad; por tanto esta narrativa respondería a una metodología que conjuga lo verosímil con el miedo, en el sentido de que si el relato policial se presenta como una aberración de las normas sociales, un suceso desestabilizador de las normas; la verdad enunciada justifica el castigo, restaura el orden y reafirma las leyes establecidas.

En consecuencia, para este análisis interpretativo se tiene el interés en la producción del discurso y sus recursos de verosimilitud, para articularlo esto con aquello que los grupos sociales expresaban como verdad en un momento histórico. A partir de la referencia a los estudios de verosimilitud planteados por Barthes<sup>8</sup>, se optará por un marco metodológico que profile las diferentes estrategias, retóricas, y modalidades de enunciación elaboradas para lograr este efecto de verosimilitud. En este caso, se trabajará con las “operaciones narrativas de la información del delito” propuestas por Stella Martini<sup>9</sup>. Estas operaciones narrativas -organizadas a partir de lo referido por Barthes- se dividen en cinco: operaciones narrativas sobre las formas específicas del uso del lenguaje; operaciones sobre el despliegue espacio-temporal de la narración; operaciones narrativas sobre la retórica y figuras; y operaciones sobre los contextos del delito. En esta segmentación refiere recursos claves anteriormente señalados por los autores estructuralistas como la deixis temporal y la deixis espacial, la aparición de elementos melodramáticos (a través de la hipérbole), la búsqueda de suspenso, la construcción de testigos; las cuales en mayor o menor medida están

---

<sup>7</sup> Ludmer, Josefina. *Ficciones de exclusión*. 1992, pp. 130

<sup>8</sup> Roland Barthes. *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. 1987.

<sup>9</sup> Martini, Stella. *Periodismo, noticia y noticiabilidad*. 2000

insertos en el corpus textual.

## **1.2. Teoría poscolonial y el orientalismo en la representación del sujeto asiático**

De forma complementaria, se tomará como referencia las perspectivas poscoloniales, debido a que constituyen una crítica a la modernidad desde los márgenes, desde una posición periférica, siendo temas como la raza, etnia, migración y nacionalismo de sumo interés en sus estudios. Para la representación del sujeto asiático, este enfoque nos permitirá comprender que la distinción y el poder son esenciales en el estudio de la otredad; brindándonos con ello la metodología adecuada para estudiar las implicaciones ideológicas y las prácticas discursivas formuladas en Occidente sobre los pueblos y las culturas no-occidentales. En función de esto, se recurrirá específicamente a los aportes de Edward Said en su libro *Orientalismo* (1978).

De acuerdo a la definición de Said (1978) el orientalismo es una práctica discursiva por medio de la cual el Occidente produce el Oriente a base de un sistema de conocimientos que enfatiza las diferencias entre ambos; siendo el resultado el establecimiento de una relación colonial, donde lo *otro* pertenece a aquello atrasado, primitivo e inferior en comparación con el Occidente. Así, el orientalismo mantendría dos acepciones: a) un estilo de pensamiento basado sobre una distinción ontológica y epistemológica entre Oriente y Occidente; b) una institución imaginaria para relacionarse con el Oriente, la cual crea clasificaciones y produce autoridades intelectuales que lo abordan. De este modo, el concepto de orientalismo resulta ser un instrumento útil para examinar los discursos que han dominado la prensa peruana desde sus inicios.

Situándonos dentro de este proceso de orientalismo, vincularemos lo asiático con el “otro” y a partir de ahí, intentaremos comprender la representación subalterna dada por los estereotipos y el determinismo biológico. Para ello, tendremos presente que la construcción de la otredad, se configura antagónicamente con la identidad nacional; es decir, es una construcción negativa de la herencia, en donde se produce un *otro-lejano*, como arquetipo de este proceso. Y es que dentro del esquema orientalista, el asiático encarna al hombre bárbaro, distinto del civilizado: es el *otro-lejano*, el *otro-incivilizado*.

Estos rasgos se convertirían en la condición para mirar al otro, la percepción adquirida para describir desde aquí (Occidente) el allá (Oriente); siendo concebidos así dentro de un grupo homogéneo, con una identidad china esencial y distintiva, que permita concebir su “diferencia” en términos étnicos y culturales. De este modo, las categorías de lo *otro-lejano* y *otro-incivilizado* nos servirá para pensar lo asiático como algo fuera de las fronteras de la “civilización”: modelos que se imponen y forman parte del discurso social. Con ella comprobaremos que cuando la otredad es exhibida en el contexto de la autoridad o el poder, los resultados potenciales de esta mentalidad incluyen la discriminación, la deshumanización, y aún, en el peor de los casos, la violencia. Por ende, es importante distinguir a partir de estas categorías que los aspectos de la otredad asiática que resultan de una relación basada en el esfuerzo de la autoridad.

## **2. Delimitación del corpus**

Para la delimitación del corpus, los relatos han sido segmentados en dos grupos de muestras: 1) el asiático al interior de la sociedad peruana y 2) el asiático al interior de su comunidad; en referencia a los crímenes cometidos en estos dos ámbitos y de los cuales la prensa hace mención. Respecto al primer aspecto, este contiene la mayoría de relatos notificados por la prensa y nos permite enlazarlo de manera directa con el proyecto modernizador de la República Aristocrática, la práctica legislativa, las consideraciones de ciudadanía y las connotaciones ideológicas del sector criollo que el periodismo representa en su discurso. En ese sentido, a diferencia del otro apartado, esta muestra se sitúa desde el centro, en el ámbito social limeño donde las tensiones entre la barbarie y la civilización suponen la base para la construcción de la otredad asiática.

Esta delimitación criolla, muy presente en las notas periodísticas, al indicarnos claramente la distancia irreconciliable que existe entre los *otros* y el *nosotros* -los ciudadanos de la nación-; nos permite complejizar la representación del inmigrante en el discurso. Corruptos, violentos, femeninos, inmorales y viciosos; la representación subalternada de los sujetos asiáticos –en su posición de víctima y de criminal- es mediatizada por la retroalimentación de estereotipos e imágenes orientalistas, más que por propia individualidad; siendo estos aspectos aquellos que impiden una asimilación coherente del grupo asiático. Consecuentemente, el abordaje queda justificado en tanto

permite la reflexión acerca de la identidad subalterna del asiático.

Tomando de referencia las variables del a) *asiático como criminal* y b) *asiático como víctima*; procederemos a considerar el análisis de las crónicas policiales en donde el grupo asiático interactúa con la sociedad limeña. Por un lado, los relatos criminales del asiático como agresor están consignados en menor cantidad, siendo en su mayoría delitos comunes (robos, gresca, contrabando, fraude) y de forma esporádica delitos de mayor trascendencia social (asesinatos y abusos contra menores). Estos serán seleccionados según su frecuencia, así como la representatividad, en tanto se busca abordar una diversidad de muestras que consideren no solo el grupo social (japonés y chino), el género, la edad y la situación social, sino además los distintos estereotipos configurados y la continuidad de estos a través de los años.

Por otro lado, los relatos criminales del sujeto chino como víctima, alberga aquellos actos de violencia y segregación que los limeños realizan contra la comunidad asiática, sobre todo el vinculado los problema vinculados las medidas higienistas, la competencia laboral. En este caso, se tomará además los siguientes ejes históricos representativos: La peste bubónica en Lima (1903-1904), la destrucción del callejón de Otaiza (1905), los motines, saqueos y huelgas de obreros contra la presencia laboral china (1909 y 1918), sucesos que fueron de amplia cobertura por la prensa y que marcaron un hito dentro de las relaciones sino-peruanas. Con esta segmentación que alberga las imágenes de víctima y victimario se pretende brindar una panorama completo de la representación del asiático en la crónica policial, no solo la construcción de su criminalidad sino además la situación inversa donde el transgresor sea la sociedad limeña, para complejizar así las relaciones de alteridad superpuestas.

En cuanto al segundo aspecto, este se justifica no solo por la presencia usual de textos en torno a ese tema sino además por los matices distintivos que lo connotan, en el sentido de que son considerados desde cierta distancia y evaluados en función de su implicancia o influencia en la sociedad peruana. Situación además que nos permite interpretar sobretudo una mirada occidental que hace las veces de centro y desconoce cómo se configura verdaderamente lo asiático, identificándolo como lo *otro* lejano, incivilizado y exótico. Para esta sección se analizará los relatos criminales del sujeto chino en la colonia, es decir los actos delictivos cometidos entre los mismos chinos, los cuales en su mayoría engloban asesinatos, ajuste de cuentas o cimarronaje. Dentro de estos textos, se tocará como eje el asesinato del asiático Sami Asén por parte de Manuel

Atón (*La Crítica* “*Pro indígena*”, *El Comercio*, 1918), el cual tuvo mucha repercusión en la época y suscitó críticas a las políticas legislativas de los inmigrantes asiáticos así como debates en torno a su identidad agresiva. Del mismo, se tomará en cuenta los relatos criminales del sujeto chino en su país de origen, es decir, crónicas policiales extranjeras referidas a la muerte y encarcelamiento de líderes políticos durante la revolución. Estas noticias son pertinentes en la medida que se distinguen de la percepción peyorativa del chino inmigrante; manifestando una visión más empática y menos subalternizada del asiático a pesar de tratarse de un mismo contexto de violencia. Correspondientes al período entre 1908-1912, tenemos como ejemplo de ello tenemos noticias como “La decapitación de la revolucionaria Chau-Kan – Choy Sen” (*Variedades*, 1912). Con esta muestra lo que se pretende es complejizar los matices en la identidad del asiático, las diferencias entre el chino inmigrante y el chino peninsular, las causas e implicancias de esta distinción.

## **2.2. Análisis de casos: La representación de víctima y criminal asiático dentro del contexto de la sociedad peruana**

A continuación, para el análisis de estos casos, se ha escogido abordar la representación de víctima y criminal asiático dentro del contexto de la sociedad peruana. En ese sentido, para la ejemplificación, en este avance trabajo se ha optado por algunos temas recurrentes y se ha escogido fechas distantes como las de 1905 y 1914 en aras de demostrar la continuidad de las representaciones. Finalmente, es preciso mencionar que se ha escogido solo tres fuentes como son *Variedades*, *El Comercio* y *La Crónica*.

Para el caso de la primera variable –la representación del asiático como víctima-, se analizarán temas como asaltos y asesinatos a encomenderos, ataques xenofóbicos de los mataperros y acusaciones higienistas contra los chinos; mientras que para la segunda variable –la representación del asiático como criminal- se ha destacado el abuso de los asiáticos contra los menores y finalmente el caso de los crímenes realizados por japoneses, donde se marcan algunas distinciones.

### **2.1.1. Primera variable: la representación del asiático como víctima**



En esta parte, abordaremos el proceso dentro del cual los inmigrantes asiáticos forman parte de la dinamización social, así como la trayectoria de cómo fueron percibidos por distintos sectores sociales -sus redes de relaciones y sus formas de sociabilidad- a partir de la situación ocupacional que adquirieron en la sociedad. Uno de los aspectos más interesantes en el proceso de la inmigración fue sin duda su recepción por los sectores populares limeños. Y es que muchas de las apreciaciones expuestas por la élite criolla en relación con la presencia de los asiáticos tuvieron amplia acogida en la esfera pública, logrando influenciar en el discurso popular y hasta en el entorno iletrado.

Efectivamente, su asentamiento en la urbe significó, para los sectores de la sociedad limeña, una verdadera *amenaza*. Así, considerado el grupo más *diferente* desde el punto de vista cultural, por sus hábitos y costumbres percibidas como extrañas o poco usuales; no tardaría pronto en ocupar una posición similar a los grupos indígenas o afroperuanos. Esta percepción se agudizaría con el paulatino progreso económico obtenido de los asiáticos, especialmente los chinos<sup>10</sup>. Es de conocimiento que muchos de ellos se dedicaron al comercio – desde el expendio de alimentos, oficio de aguadores, peluquería, hasta servicios de lavandería-, estableciendo pequeñas encomenderías que les permitía iniciar algún pequeño negocio independiente<sup>11</sup>; no era de extrañar entonces que las muestras de hostilidad se hayan dirigido muchas veces hacia sus establecimientos, no solo por un sector de la comunidad que manifestaban su desprecio, sino por quienes los consideraban como su competencia comercial.

En tal sentido, los estándares utilizados para referirse a los chinos surgen en los espacios disputados por el sector laboral, recreando diatribas amparadas en el racismo barnizado de cientificidad. De esta manera la actitud hacia su desempeño en el trabajo, las prácticas comerciales y las redes de ayuda mutua o de reproducción familiar entre paisanos se convirtieron en blancos fáciles para construir discursos desdenadores de estos inmigrantes. Se puede citar el caso de muchos limeños asentados cerca del Barrio Chino, quienes veían en los ex culíes la causa principal de su pobreza y se negaban a adquirir sus productos por el temor a que continuaran enriqueciéndose<sup>12</sup>. Esto unido a

---

<sup>10</sup> Rodríguez Pastor, Humberto. *Herederos del dragón*, 2004, pp. 405.

<sup>11</sup> Yamawaki, Chikako. *Estrategias de Vida de los Inmigrantes Asiáticos en el Perú*, 2002, pp. 35.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, pp.103.

otras actitudes más violentas como el saqueo y robo de productos, la intimidación al vendedor, los destrozos al local, y la situación preferida de atacar el establecimiento lanzar cohetes; eran la cotidianidad delictiva que el inmigrante asiático debía de afrontar. Sin ir muy lejos, las ediciones de *La Crónica* intercalaba regularmente noticias de ese tono, como las siguientes ocurridas el día 30 de enero de 1914: «Han sido detenidos [...] Octavio Barreto por darle un feroz mordisco en el brazo derecho a un japonés, conductor de la chingana N°325 de la Calle Lima, que no quiso fiarle licor», «José Ramírez, carretero acusado por el chino Tai Lei que conduce una chingana en la calle Salaverry, del robo de una lata de manteca», «Juan Velásquez por el robo de una máquina de cortar el pelo de una peluquería de un japonés en la calle Lima N° 350».<sup>13</sup>

A pesar de que la prensa se circunscribía al sistema criminal y legal sostenido por el Estado; lo cierto es que referir *lo asiático*, siempre implicó comentarios e impresiones variadas en su mayoría negativas, promovidas por la tradición y memorias culturales sobre el delito que circularon en los imaginarios sociales. Esto generaría que muchas veces las denuncias presentadas por asiáticos sean ignoradas o relativizadas, siendo su aspecto racial motivo suficiente para cuestionar la moralidad y la racionalidad de este grupo. Una nota policial titulada «Robo» informa con cierta sorna lo siguiente: «Un asiático llamado Bun [...] ha avisado a la policía que en su establecimiento se ha consumado un robo de mercaderías por valor de crecida suma de dinero. Bun no sospecha quien haya podido ser el autor del hurto; pero en cambio la policía sospecha que no sea fundada ni obedezca a hecho cierto la denuncia del encomendero».

En otros casos, en vez de generar una empatía con el sujeto asiático dueño del comercio atacado, se formaba una empatía mayor con el agresor. *El Comercio* en su edición de 1905, que publica la crónica «Hombre terrible», donde narra el ataque de un limeño a la encomendería de un chino como parte de una venganza. En este caso, el centro de interés no será el delito en sí, sino la conducta del agresor Manuel Velez; al punto que, lejos de expresar alguna sanción, se muestre interés sobre los motivos que lo llevaron a cometer el hecho: «[...] es de aquellos caracteres rencorosos que no olvidan fácilmente las ofensas que se les hace, y que cuando pueden vengarse experimentan una verdadera satisfacción».

---

<sup>13</sup> *La Crónica*, N° 650, Año II. Lima, 30 de enero de 1914, pp. 11.

Frente a esto, el victimario únicamente será comprendido desde su identidad subalterna: homogeneizado desde su grupo racial (nótese la retórica empleada para denominarlo: «el chinito Achón», «el hijo de Confucio»), es un sujeto colectivo de curiosos rasgos femeninos, pues se describe en él una actitud cobarde y quejosa: «a la primera piedra que cayó al establecimiento, el chino Achón chilló como un condenado, armando un gran escándalo». Así, la construcción de victimización del es desplazada por esta perspectiva de lo *otro extraño y diferente*. No es de extrañar que esta representación del hombre feminizado sea recurrente cuando las noticias abordan conflictos donde es perjudicado, pues de lo que se trata es de configurar una relación de poder respecto a la *otrera*.

Para ejemplificar esto analizaremos la crónica «Mataperros» de 1905, publicada por *El Comercio*, y la crónica «Diversos» de 1914, publicada en *La Crónica*. La primera forma parte cotidiana de las notas policiales y es protagonizada por los denominados “mataperros”: jóvenes callejeros que cometían pillerías contra los ciudadanos; los cuales, sin llegar a considerárseles delincuentes, eran visto como un problema social. De manera particular, los chinos eran sus especiales víctimas, a quienes hostigaban en sus labores y atentaban contra sus comercios sin motivo alguno, siendo la situación preferida del ataque el lanzamiento de cohetes y fuegos artificiales. Con anterioridad, intelectuales como Pedro Paz Soldán en *La inmigración en el Perú* mencionaron en el siglo XIX la animadversión que el chino les suscitaba a estos grupos: «Los mataperros los seguían gritándoles ¡chino Macao!»<sup>14</sup>; práctica extendida hasta bien entrados el siglo XX.

La crónica «Mataperros»<sup>15</sup> narra los abusos contra un encomendero chino en el Callao. A semejanza de otras crónicas, se aprecia un intento por construir desde lo discursivo, concepciones verdaderas sobre el crimen y los delincuentes -en este caso los mataperros-, alternándose así una serie de operaciones narrativas que servirán de estrategia para lograr ello. Uno de estas operaciones se vinculan a los usos del lenguaje, donde lo enunciativo –propriadamente periodístico- se ve alternado por lo argumentativo. Así, mientras el uso de la modalidad enunciativa sirve para a) informar los actos delictivos cometidos por este grupo: «una partida de mataperros que aprovechando la

---

<sup>14</sup> Paz Soldán, Pedro. *La inmigración en el Perú* (Lima: Imprenta del Universo, 1801), pp. 92

<sup>15</sup> *El Comercio*, Lima, viernes 3 de marzo de 1905.

falta de guardia en ese lugar, cometen una serie de abusos y fechorías» y b) referir el testimonio tomado de los vecinos: «[ellos] están ya fastidiadísimos y lamentan mucho que no haya alguien que pueda meter en vereda a esos»; simultáneamente, el uso de una modalidad discursiva argumentativa se sitúa en el campo de la ley y el Estado, para condenar a este grupo: «esos granujas insolentes que no respetan la edad ni el sexo de las personas para hacerlas blancos de sus burlas siempre pesadas».

Precisamente, desde esta modalidad argumentativa, los ejes de delito y violencia resultan fundamentales para dar cuenta de cómo se presentan las relaciones sociales. En ese sentido, una de las primeras cosas resaltantes es que la condena a estos «mataperros» no solo se debe los actos delictivos cometidos, sino además a la ruptura con las leyes sociales: el respeto a las personas mayores y a las mujeres. Un aspecto que si bien hace crítica el proceder moral de estos con los ciudadanos, solo hace alusión al género y edad, excluyendo los aspectos raciales, en una circunstancia donde paradójicamente el chino es la víctima principal de los mataperros. Por consiguiente, a pesar de que se comete delito contra un tipo específico de diferencia (racial), esta parece no ser motivo de sanción en el imaginario social. El cronista no pretende cuestionar esto y parece aceptarlo consensualmente; pues tanto él como los vecinos denunciantes se muestran preocupados en detener los actos delictivos, antes que sentir empatía por la experiencia del encomendero chino.

En estos términos, la crónica relata la agresión del asiático:

El asiático Juan Sánchez, dueño de una encomendería situada en la indicada esquina, es, según nos dicen, la eterna víctima de estos malcriados, que aprovechando de que aquel se halla durmiendo, arrojan piedras y cohetes dentro de su establecimiento, causando daño la mayor parte de veces.

La percepción del chino como lo *otro-lejano*, se impone y forma parte del discurso social que justifica la violencia contra ellos, así mediante acciones como el lanzamiento de piedras y cohetes, los «mataperros» parecen estar actuando de conformidad a normas subculturalmente aceptadas y sentir que no existe un “conflicto mental” cuando viola la ley. De esta manera, estos delincuentes asumiría intrínsecamente el lugar del poder del contra - Estado<sup>16</sup> frente al subalterno asiático: no se trata simplemente de una agresión,

---

<sup>16</sup> Ludmer, Josefina. *Ficciones de exclusión*, 1992, pp.132.

esta se encuentra mediatizada sobre todo la diferencia que representa. Ahora bien, si los «mataperros» asumen la imagen antagónica del contra- Estado; el cronista responde a la contraparte, representando la opinión pública, la verdad y justicia. No obstante, como se dijo antes, su empatía respecto a la víctima asiático parece mantenerse al margen durante todo el relato. Las últimas líneas de la crónica, una vez más, parecen invocar a la autoridad y sancionar el delito de manera general: «Bueno fuera que el comisario para la paz y tranquilidad del vecindario mandara un guardia a ese lugar, que corrigiera con seguridad los desmanes de los mataperros».

El crimen no es sancionado como práctica y padecimiento de otro-, hasta que irrumpe en el escenario de la prensa de aquellos que se consideran un “nosotros”. Englobado dentro de los problemas del vecindario, el padecimiento del encomendero chino conforma parte de la retórica argumentativa para condenar el delito; sin complejizar su especificidad. Apelando a los criterios centrales de la noticiabilidad con que se valoriza un acontecimiento, la tipología de las víctimas, familiaridad y cercanía simbólica serán factores preponderantes frente a la *otredad* asiática; en tanto se reconoce en esta una cotidianidad propia<sup>17</sup>.

La siguiente crónica titulada «Diversos»<sup>18</sup> (1914) tiene como contexto el golpe de estado contra Billinghurst, así como las posteriores demostraciones favorables al sufragio popular y contrarias a las pretensiones de Roberto Leguía, primer vicepresidente, que busca asumir la presidencia. Esta describe precisamente los distintos desmanes acaecidos en Lima y el Callao el 17 de marzo, a raíz de las protestas populares: tiroteos, heridos y cierrapuertas; siendo el asalto a un salón de juego chino parte de este resultado. El constructo nacionalista, emanado de las trifulcas políticas y la competencia laboral<sup>19</sup>, encontraba usualmente en la población asiática el anverso de la deseada realidad nacional; de ahí que los convirtieran en el *chivo expiatorio* de los problemas nacionales, tal como se señala: «Algunos rateros explotando esta situación alarmista imaginaron un curioso plan para robar en la casa de juego que regentan varios chinos en la calle de Lima frente al mercado».

---

<sup>17</sup> Martini, Estella. “Argentina. Informe prensa gráfica: delito y seguridad”, 2007.

<sup>18</sup> *La Crónica*, N° 695, Año III. Lima, martes 17 de marzo de 1914.

<sup>19</sup> Al respecto, habría que considerar además que estas actitudes se venían produjeron a la par de las protestas contra inmigrantes desde inicio de siglo

A semejanza de la crónica anterior, el narrador no muestra empatía por la víctima asiática; muy por el contrario, se desprende de la intención moralizadora característica, para mostrar interés por el crimen, calificando de *curioso plan* la acción reiterada de arrojar cohetes a la encomendería. Por otro lado, un factor adicional a esta visión, podría ubicarse en el repudio general a los juegos de azar y las apuestas que establecían los chinos, los cuales eran considerados fomentadores de vicios. En cualquier caso, la no sanción adquiere una suerte de complicidad con los actos vandálicos: «Al efecto, arrojaron dentro de ese local algunos cohetones encendidos que al estallar hicieron creer a los jugadores eran disparos de armas de fuego».

Así, en la descripción de los hechos, el padecimiento de los chinos será un territorio del espectáculo; de modo que el discurso generará operaciones narrativas sobre la retórica tales como el sensacionalismo, que en este caso vendría de la descripción de los chinos ante al ataque: «Creyéndose atacados, los chinos huyeron al interior gritando: Livulución! Livulución? No mata! No mata!». Bajo una connotación sarcástica, el chino es reducido otra vez a lo *otro-lejano*, diferente y exótico; adoptando una identidad femenina, donde imperaran actitudes de miedo y cobardía disimiles de lo masculino. Para este efecto, el discurso destaca la emisión de gritos -denominados mayormente “chillidos”- y la reproducción de frases medrosas, incoherentes aparentemente, pero en el fondo bastante irónicas. Mediante la puesta en voz de los chinos diciendo «Livulución! Livulución?»; el narrador parece criticar simultáneamente su falta de involucramiento en la política nacional y el oportunismo para plegarse a las situaciones (estos claman “revolución” cuando creen que son atacados por los huelguistas). Incapaces de asimilarse y aculturarse plenamente a la nación, los asiáticos parecen ser un problema mayor que los mismos delincuentes.

Volviendo a la representación feminizada, esta se asociaría a la concepción de que lo *otro*, pues en su diferencia, es moral y culturalmente invertido a Occidente. Débiles, refinados, decadentes y femeninos; estas imágenes de lo chino son propias de una representación orientalista, cuya masculinidad patriarcal es adjudicada íntegramente a lo hegemónico<sup>20</sup>. No es de extrañar que el sensacionalismo en el discurso exacerbe ese

---

<sup>20</sup>Xiaoqing, Zhou. “Denaturalizing Identities, Decolonizing: Videos by Richard Fung and Ming-Yuen S. Ma.”, 2000.

rasgo de feminidad antes que el padecimiento de la víctima; pues se intenta reafirmar la identidad pasiva del chino, frente a un nosotros/criollo. En consecuencia, el desenlace de la crónica, carece nuevamente de alguna sanción moral o llamamiento al orden; terminando por referir únicamente la consumación del delito: «Cuando los chinos se rehicieron dándose cuenta del robo y avisaron a la policía, ya los rateros ».

Dentro de las situaciones frecuentes donde el asiático resultaba víctima, existían aquellas vinculadas a la preocupación higienista y la consecuente policía sanitaria; siendo tanto los sujetos como sus espacios considerados «focos de enfermedades», sobre los que se proponía un plan de saneamiento público. Los argumentos expresados por la sociedad eran bastante claros: en primer lugar, los asiáticos por sí solos representan un peligro para la salud de los pobladores; en segundo lugar, los asiáticos junto con la fiebre amarilla eran una especie de combinación apocalíptica que, según la opinión del autor de la nota, sin lugar a dudas traía muchísimas desgracias a la ciudad. Para Casalino Sen, las ideas del discurso higienista, redefinen la opinión pública y elabora un nuevo discurso moral<sup>21</sup>; capaz de justificar la *inferioridad moral* del asiático, que iba desde las tendencias criminales, la decadencia de su comportamiento hasta sus hábitos *repugnantes* en lo higiénico y sexual.

Esta apreciación de las supuestas condiciones inhumanas se trasladaba a la prensa, lo que generaba una suerte de noticias sensacionalistas, donde es llamativo el tono sarcástico y sumamente despreciativo con el cual los columnistas se refieren a los inmigrantes chinos. De esta forma, el discurso higienista de la prensa fomentaría la demolición del callejón Otaiza en 1887, la responsabilidad de la peste a los chinos en 1903 o el intento de prohibir el ingreso de algunos barcos con cargamento chino. Así por ejemplo, en 1905 el fallecimiento de un chino inmigrante al interior del vapor Lennox –aparentemente con signos de bubónica- genera una serie de comentarios xenofóbicos, como el emitido por *El Comercio* en su nota periodística «La inmigración asiática. Un vapor en cuarentena. La autopsia del cadáver»<sup>22</sup>(1905), donde se hace un llamado a detener la inmigración: « [...] es de esperar que el gobierno inspirándose en

---

<sup>21</sup> Casalino Sen, Carlota. “De cómo los «chinos» se transformaron y nos transformaron en peruanos. La experiencia de los inmigrantes y su inserción en la sociedad peruana, 1849-1930”, 2006, pp. 116-117.

<sup>22</sup> *El Comercio*, Lima miércoles 7 de junio de 1905.

el sentir público, tome alguna medida radical para impedir el ingreso a territorio nacional de esa gente raquífica que no mejoraría sin duda nuestra raza».

Para este caso, se procederá a analizar la crónica «¿Un caso de lepra? Un asiático que es un peligro para el vecindario»<sup>23</sup> publicada en *La Crónica* en 1914, varios años posteriores a los sucesos de peste bubónica; la cual alerta la posible presencia de un encomendero chino infectado por lepra. Con un discurso donde destaca las operaciones narrativas sobre el lenguaje, es decir, las tensiones entre una modalidad argumentativa y una modalidad enunciativa; este transcurre entre sindicarlo directamente al encomendero chino como «un asiático que es un peligro para el vecindario» y someter a posible cuestionamiento aquello «el asiático Akom, presunto leproso, según nos ha denunciado». Y es que en sintonía con ello, si por un lado se busca suscitar la conmoción de los lectores, aunque este hecho no sea del todo confirmado: «Estamos en presencia de un hecho que reviste por sí solo bastante gravedad porque están amenazadas la salud y la tranquilidad de un populoso barrio como es la calle Hoyos»; por otro, existe cierta contención y autorregulación impuesta, debido a la veracidad que pueda tener la denuncia supuesta denuncia de los vecinos de Paruro.

No es de extrañar, por ende, se realicen operaciones narrativas para atribuir legitimidad al suceso, a través de la referencia a fuentes: los testigos y el testimonio de los vecinos y el involucrado. Sobre esto, la crónica alterna con referencias al estilo directo como la transcripción de la entrevista hecha al encomendero chino, donde las indagaciones sobre la aparente enfermedad y el modo en cómo atiende su negocio, son abordados desde un modo objetivo, sin caer en muestras de desprecio o culpabilidad respecto al asiático:

-¿Cómo se llama usted?

-Akom

-¿Y cuánto tiempo hace que está enfermo?

-Seis meses más o menos señor.

-¿Se ha hecho ver de los médicos?

- De los paisanos herbolarios y del doctor Congrais

-¿Qué le ha dicho usted el médico de su enfermedad?

-No obtuvimos respuesta a esta pregunta y concluimos el interrogatorio

-¿Así enfermo trabaja usted?

-Sí, señor.

-¿Trabaja usted solo?

---

<sup>23</sup> *La Crónica*, N° 631, Año III. Lima, domingo 11 de enero de 1914.



-Nadie me ayuda y tengo que trabajar solo en mi despacho de compra y venta, por eso cuando me voy a almorzar tengo que cerrar la puerta.

No obstante, cuando se cierne sobre el cuerpo del oriental, la mirada antes objetiva se vuelve antropológica, su extrañeza –la de su cuerpo enfermo– se vuelve alarmante y siniestra, al punto de alcanzar la deshumanización. Las deformaciones y las llagas de la piel se convierten así en las marcas de su degeneración: «La cara del infeliz Akom presenta horribles deformaciones. Llagas y pústulas viscosas y mal encubiertas por los parches y emplastos dejan adivinar una enfermedad que a la vez que asquerosa, digna de conmiseración y lástima». Se observa entonces una retórica sensacionalista que desde la hiperbolización horrorosa del cuerpo, no solo busca producir algunas conmociones en sus lectores, sino además parece vincular el cuerpo lacerado con la otredad del chino, estableciendo fronteras entre lo «humano» y lo «animal». Así, este sería un *otro-incivilizado*, perteneciente a un grupo racial cuyas prácticas antihigiénicas se alejan de la modernidad.

Con ello, nuevamente aparece en el discurso las operaciones narrativas del lenguaje, donde la modalidad enunciativa es contrapuesta por una modalidad argumentativa focalizada en mostrar el padecimiento y el peligro del *otro*. Aunque, a manera de conclusión, el relato vuelve a la mesura y plantea la necesidad de un conocimiento científico que confirme la enfermedad: «Sería arriesgado adelantar opinión desprovista de todo rigor científico sobre materia tan delicada. En estos casos solo nos quedará parodiar el coro de los doctores y suponer que pudiera ser, también que no». No obstante, el relato será complementado en al menos tres ediciones sucesivas, donde progresivamente la exacerbación ante las posibilidades de una epidemia y la necesidad de control social sobre este grupo estarán presentes. La primera corresponde a una carta del Concejo Alcalde Provincial, Elías Malpartida, quien manifiesta su preocupación y compromiso por abrir «una minuciosa investigación»; en esta se aprecia un sesgo de desprecio por los inmigrantes y los negocios mantenidos, según el en «condiciones indigentes». Por otro lado, la segunda, publicada dos días después, anuncia el supuesto rumor de dos chinos infectados con lepra en el hospital «Dos de mayo», dejando abierta la posibilidad de que se tratase de una epidemia. En ese sentido, si bien en la crónica existía el periodista manifestaba la intención de mantener

prudencia; esto posteriormente sería contradicho por el mismo diario, fomentándose la publicación de rumores carentes de fundamento, en desmedro de la comunidad china asentada en el centro de Lima. Solo muchos días después, el 25 de enero, el artículo «Albricias/No es lepra» confirmaría que la enfermedad del asiático Akom no sería lepra, sino sífilis; finalizándose así la histeria colectiva suscitada por el diario.

Dejando de lado los robos, los ataques xenofóbicos de los mataperros o las acusaciones higienistas de las que era víctima los asiáticos –especialmente los encomenderos- de la urbe limeña, habría que finalmente mencionar actos delictivos de mayor violencia como los asesinatos. Para este caso, se ha escogido la crónica «El trágico crimen de la calle Virú»<sup>24</sup> publicado en 1916 por la revista *Variedades*; donde se narra el asesinato de un encomendero japonés. Desde las primeras líneas, la operación narrativa sobre el lenguaje, hace uso de la modalidad enunciativa para subrayar la circunstancia de «haber estado allí», mencionando las pistas encontradas en el lugar como las huellas de sangre y el forado de la puerta, así como la situación del cadáver. Así, «La tienda de compra y venta de Takajashi – La casa deshabitada que utilizaron los asesinos -La puerta en la que abrieron el forado para pasar á la compra-venta»; es la descripción de la infografía que acompaña las fotos y que de algún modo nos recrea lo real y objetivo del suceso.

Sin embargo, en este cruce de modalidades, la modalidad argumentativa aparece en el discurso para defender la idea de que el delito es aquello aberrante: «El último lunes, en la calle de Virú, ocurrió uno de esos crímenes siniestros y repugnantes, en el que el móvil frío y villano ha sido la codicia y el fin el latrocinio vulgar». De esta manera, el uso de adjetivaciones tanto para definir el crimen («siniestro» y «repugnante») y el motivo («frío» y «villano»), permiten sostener al cronista que el asesinato del japonés Takajashi fue despiadado y sin sentido. Con esto el cronista asume una posición de autoridad, pues reproduce el discurso de la ley.

Se hace referencia posteriormente a que el asesinato sucedió en la casa de la víctima; lo que argumenta aún más la idea del delito como peligro latente e impredecible en el presente continuo: «En una modesta casa de compra-venta [...] se consumó el terrible hecho, sin que la policía ni el vecindario se dieran cuenta, sino cuando ya estaba consumado, y los autores habían tenido tiempo de poner tiempo y distancia de por

---

<sup>24</sup> *Variedades*. Año 12, N° 581, 4 de enero de 1916, pp. 1110

medio». En ese sentido, esta vez la crónica recurre a las operaciones narrativas sobre el despliegue espacio-temporal, haciendo uso de la deixis temporal y la deixis espacial, para sustentar esa verosimilitud discursiva. Por tanto, mientras la deixis espacial -en la mención de que el crimen sucedió al interior de la casa del japonés- reafirma la idea de que el delito acecha en cualquier lugar e invade incluso el espacio privado; la deixis temporal -en la mención de que los ladrones tuvieron mucho tiempo para perpetrar el crimen- reafirma la idea de la desprotección del individuo y la falta de autoridad.

Este temor ante el delito se trasladará a la descripción del homicidio y al uso de las operaciones narrativas sobre la retórica; pues a pesar de percibirse un intento por emplear un tono neutral desde los hechos, la suposición ante la recreación del enfrentamiento agresor-víctima conlleva al sensacionalismo, es decir, a la exposición del padecimiento. Situación que se aprecia, en la descripción del lugar de los hechos y el aspecto corporal de la víctima: «En su cuarto se encuentra doquiera huellas de sangre [...]El infeliz japonés cayó acribillado por los navajazos, habiendo contado en su cadáver hasta doce puñaladas». El énfasis sobre los extremos del lenguaje y de la carga informativa buscan a especificar la sangre y la numerosa cantidad ataques recibidos. Precisamente, este manejo hiperbólico respecto a las puñaladas brindadas -eximido de verdad comprobatoria y atada sólo a la verosimilitud-, se adelanta a la hipótesis y genera la exhibición del cuerpo vulnerado.

Se puede decir que existe una reducción de los contextos del delito (generalmente ocupados por el crimen y el castigo) a favor de una focalización de la víctima. No obstante, esta mirada puesta en ella servirá para adjudicar un aparente determinismo biológico propio de su raza: «Sabido es que los japoneses, son por regla general, bravos y de luchador instinto, además que casi todos han recibido educación física orientada hacia la defensa personal». Las tipificaciones de la víctima como individuo de fortaleza física y carácter pasional, producen una reconfiguración del cuerpo significativo (el cadáver de la víctima) dotándolo de otros signos ajenos a su individualidad y “comunes” de su grupo racial. No obstante, aunque a primera vista parecen connotaciones positivas, también sirve para situarlo en el mismo nivel que sus victimarios, al punto de suponer una similar condición; de modo que esta estereotipación justifica su acción, al mismo tiempo que patentiza su relación como

subalterno frente a los lectores: «Se comprende que hubo lucha y que el japonés se defendió heroicamente dando que hace á sus victimadores [...] Los ladrones han tenido que coser materialmente a puñaladas a su víctima, que seguramente defendió su vida hasta el extremo».

Llegado a este punto, observamos que en este intento por lo verosímil del relato, se intenta construir desde lo discursivo, concepciones verdaderas sobre el crimen y sobre la vida cotidiana; aunque más cercano al crimen en sí que a la víctima, el cronista otorga el mismo grado de violencia tanto a los criminales como al japonés: ambos son subalternos, situados en el ámbito ilegal. Podemos mencionar entonces una exclusión del sujeto asiático a partir de su no representación como víctima.

Durante la construcción del relato, el asiático es tipificado según sus rasgos de identidad subalterna -agresivo y belicoso- incluso en su calidad de víctima. Esta situación lo excluye del proceso de victimización que el narrador otorga usualmente a sus víctimas; aspecto que se comprueba en la omisión de aspectos melodramáticos (dolor ante la pérdida) y la exhibición sensacionalista del cuerpo mutilado consolidan esta postura. Paradójicamente, para el narrador la valoración positiva surge hacia este sujeto cuando responde a los ataques, es decir, cuando atenta contra la legalidad que representa (víctima) y actúa al margen de la ley. No es casual que su accionar en ese momento tenga rasgos heroicos: «se defendió heroicamente»; por ende, el narrador pasa de la posición moral y condenatoria de los delitos que aquejan a nuestra sociedad al gusto por la pelea entre los delincuentes.

### **2.1.2. Segunda variable: la representación del asiático como criminal**

El chino, ubicado en la última escala social, estará sujeto a las medidas modernizadoras por medio de prácticas autoritarias, una “coacción externa” de carácter didáctico<sup>25</sup>, situación en donde el asiático es intervenido y degradado en sus faltas a modo de ejemplo para los estratos populares de la sociedad. Ahora bien, si de por sí su conducta era considerada antisocial; cuando este se convertía en el transgresor o “delincuente”, pasaba a ser –con mayor rigor- objeto de observación, fichaje y tratamiento por parte del Estado, en ese intento de procurar ‘resocializar’ aquellos

---

<sup>25</sup> Casalino Sen, Carlota. *Op. cit.* pp. 114.

sujetos capaces de poner en riesgo la salubridad de la ciudad.

Como se sabe, en el caso particular de los asiáticos, se manifestaba una preocupación por su influencia negativa, dándose una comparación antagónica con la clase criolla; siendo este punto de comparación, una distinción entre el «bárbaro y civilizado»; pues, mientras la probidad moral, el concepto jurídico de persona y la capacidad de lucha por la vida son asociados a la raza blanca; contrariamente, la ausencia de sentido moral, la incapacidad de producir cultura y la autosuficiencia aparecen como marcas distintivas de las otras razas como la asiática. Una mecánica que en definitiva, tendía a acentuar y naturalizar las desigualdades sociales, siendo reflejada así en el repertorio discursivo de la crónica policial. De esta manera, el delincuente asiático era configurado como aquel sujeto que hace uso del terror y una violencia feroz, sanguinaria y hasta sexual. Aspecto curioso si se establece una diferencia respecto a la posición de víctima, donde el asiático era configurado como ese *otro* débil, femenino y decadente. En ese sentido, el inmigrante asiático se convierte ahora en el déspota oriental, el bárbaro, el primitivo, el violento apasionado y desenfrenado.

En cuanto a los crímenes, uno que era que la letanía de muchos cronistas tenía que ver con los crímenes incestuosos y su reputada preferencia sexual de los mancebos así como del uso indiscriminado de la violencia contra mujeres y niños sobre todo, para vengarse y sembrar el terror. De acuerdo a lo referido por la prensa, muchas de las detenciones realizadas podrían ser probadas o basarse en la simple sospecha, como plasma el diario *La Crónica* en 1914 bajo el título «Secuestrado»<sup>26</sup>: «Ha sido detenido en la intendencia de policía, el chino San Ton de quien se sospecha sea el autor del secuestro del menor Carlos Bolívar, desaparecido hace dos días». No obstante, si algo tenía en común estos discursos, era que servían para estereotipar y segregar al asiático; así da cuenta la sección «Notas chalacas» del mismo diario: «En la comisaría han tenido alojamiento gratis las siguientes personas [...] José Ajón, un chinito de catorce años que debe ser descendiente de bóxer por herir en la frente al menor Luis Silla»

Este imaginario acerca de que el asiático posee actitudes lascivas o violentas hacia los menores, serán analizadas en dos crónicas: «El crimen del Callao» de 1915, publicada en la revista *Variedades*; y «Abuso de un policial» de 1905, publicada en *El*

---

<sup>26</sup> *La Crónica*, N° 667, Año III. Lima, domingo 15 de febrero de 1914.

*Comercio*. La crónica «El crimen del Callao»<sup>27</sup> (1915), que narra el asesinato del niño Fidel Morán a manos del chino Allón Llun, puede verse como un discurso donde claramente se construyen identidades polarizadas entre la víctima y el victimario. Desde la introducción de la crónica, y a través de la modalidad argumentativa, el cronista buscará generar en los lectores parcialidad a favor de la víctima a partir de una antítesis: «Los diarios han dado cuenta ya del crimen cometido por un asiático impulsivo en el Callao, que asesinó a una tierna criatura por fútiles motivos». Por un lado, la identificación forzada del criminal hace uso de la expresión adjetiva *asiático impulsivo* para configurar la pasionalidad del carácter chino; aspecto que se reafirma con la alusión a los *fútiles motivos* de su acción, debido a que su reacción –aparentemente- no guardaría estímulo con el provocado por el niño, siendo este un acto irracional. Por otro lado, en cambio, la identidad de la víctima, definida desde el símbolo de la pureza y la inocencia por su corta edad, suscita una inmediata sanción moral ante el acto delictivo, acrecentando así su victimización.

Esto último es una situación curiosa si consideramos que las edades no eran tan lejanas, pues el niño tenía nueve años mientras que el asiático tenía catorce años. En ese sentido, la vulnerabilidad personal -referida a riesgos individuales biológicos y sociales como la edad de la víctima- puede verse como un dispositivo de victimización; que junto a la construcción estereotipada del criminal servirá para justificar el rechazo, la separación, la negación, el aislamiento del ‘otro chino. Precisamente, la leyenda que acompaña las fotografías volverá sobre esto, presentando la foto del criminal como: «El asiático Llun que por *nimios motivos* asesinó en el Callao al *menor* Fidel Morán»; y la foto post-mortem de la víctima como: «el cadáver de la desgraciada víctima».

Volviendo al discurso, el cronista intentará explicar el delito a partir de la identidad subalterna de los chinos: «El origen: una broma de mataperro; el hecho, un asesinato bárbaro que revela los crueles instintos del asiático homicida». En este caso, mediante la mención a los «crueles instintos» del homicida, parece dejarse en claro que el crimen cometido no respondería a ser individualidad, sino al determinismo biológico del grupo racial al que pertenecía; de modo que su homogeneización permita concluir que todo chino es *per-se* un bárbaro e incivilizado. Sin embargo, aunque estos

---

<sup>27</sup> *Variedades*. Año 11, N° 576, 6 de diciembre de 1915, pp. 1276

estereotipos de violencia e impulsividad racial del chino, funcionan adecuadamente para victimizar a la víctima Fidel Morán, lo cierto es que tratan de ocultar también la violencia ejercida por este menor; pues si se repara en el hecho de que el asesinato fue motivado porque el menor realizó «una broma de mataperro», se comprenderá que hubo violencia de ambas partes, y más aún, que la violencia ejercida por este último tuvo matices xenofóbicos (recuérdese el usual hostigamiento de estos mataperros hacia los chinos).

Así, de la reiterada alusión a los «motivos nimios» que tuvo el asiático Allón Llun para asesinar, se desprende la soterrada complicidad del cronista para resignificar la transgresión de Fidel Morán, convirtiéndolo en algo de menor intensidad y de nula sanción. De esta manera, se produce una operación narrativa sobre los contextos del delito, focalizándose en víctima y su proceso de victimización a partir de exaltar los estereotipos inherentes al victimario. Y es que la construcción de la otredad siempre realiza de manera binaria: únicamente en el *otro* chino, se concentra lo ilegítimo, aquello que viola las normas y costumbres sociales; mientras que en el *nosotros* – representado en este caso por el niño criollo- se corresponde los atributos contrarios. En consonancia con esto, finalmente el cronista remite la postura de la opinión pública, reafirmando así la idea de que el delito cometido es condenado moralmente como algo bárbaro, abyecto y apartado de los valores considerados propios: «el hecho ha presentado viva indignación en el puerto». Por tanto, la categoría del *otro-incivilizado* surge como una amenaza que debiera ser controlada.

La siguiente crónica titulada «Abuso de un policial»<sup>28</sup> (1905) publicada en *El Comercio*, también alude nuevamente a la violencia del asiático contra los menores; tratándose en esta ocasión del recojo de una denuncia contra un policía que salió en defensa de un encomendero chino acusado de golpear a un menor. La narración de los hechos empieza, efectivamente, cuando refiere lo acontecido en la comisaría y el estado de la víctima: «Esta mañana se presentó á la intendencia de policía a hacerse reconocer por los médico y entablar una queja contra el inspector de cuartel 40, don Marcos Espinoza, quien muestra una profunda herida en la muñeca del brazo izquierdo». Se puede decir que a través del testimonio sindicado por la víctima en la jefatura policial, el

---

<sup>28</sup> *El Comercio*, Lima miércoles 14 de febrero de 1905.

cronista efectúa una operación narrativa para atribuir legitimidad, aún a pesar de que no se consigna la posición de los agraviados.

Partiendo de este hecho, se procede a reconstruir los hechos acontecidos a partir del reporte policial, mencionando algunos datos básicos y utilizando para ello la modalidad enunciativa: «Anteanoche, á eso de las 11, Espinoza que es de oficio panadero, llegó a su casa situada en la calle San Carlos N° 843, y supo por denuncia de su mujer que un chino llamado Liao Sang, dueño de una encomendería situada en la misma calle, le había pegado un palo a un hijo suyo de pocos años de edad». Siguiendo la denuncia, la imagen del asiático cruel y carente de sensibilidad es proyectada en el discurso, al mismo tiempo que la temprana edad del niño; aspecto que puede remitirnos –como en el caso anterior- a un modo implícito de victimización. A partir de esto, el cronista sanciona al agresor y se identifica con el malestar del padre de familia quien se dirige al negocio del encomendero a encararle: «Justamente indignado, Espinoza se dirigió a la encomendería de Liao Sang, a quien increpó en su conducta, pero el chino, irascible de suyo, armó una grito infernal» En el discurso ahora dirigido por una modalidad argumentativa, el estereotipo del *otro* pasional e irracional vuelve a surgir para representar la conducta del asiático, pues como se observa a lo largo de las crónicas, este –contrariamente al sujeto criollo- no es alguien civilizado. Siguiendo esta lógica, podemos mencionar que por oposición a la persona denunciante, este *otro* es afeminizado, pues la alusión a los griteríos corresponden a esos muestras exageradas e invasivas que remarcan –como en otras ocasiones- un identidad cobarde y carente de virilidad; la continuación ideal al maltrato físico realizado contra el menor antes mencionado.

No obstante, a pesar de que se sanciona la acción del encomendero chino, la crónica desde un inicio –véase el título- parece enfocada en sancionar la acción del policía que salió en defensa del asiático: «[...] esto atrajo al inspector N°52, quien sin enterarse de lo que ocurría ordenó de malas maneras a Espinoza que se retirara y como este pidiera el castigo de Liao Sang, el inspector se sulfuró y enarbolando la vara, descargó rudos golpes». Incluso aunque solo se tenga el testimonio del acusador Marcos Espinoza, se critica el trato adusto del policía –el no estar informado de los hechos y finalmente la responsabilidad por los golpes propinados-; haciendo creíble toda la versión, como si



la sola acusación de maltrato de un asiático a un menor, sea suficiente para darla por hecho. Una vez más, la violencia instintiva en sujetos de raza marginal-, justifica de antemano ese accionar delictivo; razón por la cual la reacción del policía no correspondería con la correcta. De esta forma, la crónica terminaría por argumentar «Nos parece injusta el proceder de este oficial por lo que pedimos su rectificación e inmediata restitución de la comandancia».

De acuerdo a los anteriores casos, se puede concluir que el biologismo positivista es el factor primordial para sustentar la criminalidad del asiático; se puede observar que existen matices distintos a nivel cultural que generan una sanciones distintas, pues si bien sobre los chinos se mantiene la mirada de lo ajeno –aquel imposible de ser asimilado-, respecto a los japoneses por momentos existe una representación analógica donde los japoneses consiguen ser la analogía de los sujetos criollos. De hecho, no es de extrañar que la situación de subordinación social sea distinta debido a que el grupo japonés era considerado como el más *occidentalizado* en comparación con su par asiático<sup>29</sup>, dándose algunas veces contraste entre lo «civilizado» y lo «bárbaro» entre ambos. En el plano de la crónica policial estas comparaciones no están exentas; todo lo contrario, en el corolario de crímenes existía una menor carga peyorativa respecto del japonés.

Si se sitúa en los crímenes realizados únicamente por ambos grupos, comprobaremos las diferencias, pues mientras en una gresca entre chinos las imágenes estereotipadas de lo afeminado, débil, irracional y violento están presentes: «Dos hijos del Celeste Imperio se encontraban ayer en la calle Sucre y *después de muchos gritos y gesticulaciones* se

---

<sup>29</sup> Diversos artículos, crónicas y documentales esparcidos por la prensa peruana dan cuenta del creciente interés y la admiración suscitada, donde el tópico de «civilización» y «barbarie» son utilizados como contraste. Para tener una idea clara de esto, citaremos brevemente dos noticias<sup>29</sup> publicadas en el diario *La Crónica* de 1914, ambas consignadas con fecha 6 de enero y que corresponde a la sociedad china y japonesa respectivamente. Mientras la primera, titulada «La desolación de China», resalta la situación caótica vivida: «Entre las rebeliones, el bandolerismo y los incendios, China ha pasado una etapa tremenda[...] Nanking, ciudad que tomaron a sangre y fuego las tropas del gobierno [...] el colosal incendio en Shangai que quedaría en aspecto desolador»; la segunda titulada «El teatro de Shakespeare interpretado por artistas japoneses» destaca en buenos términos, la adaptación de lo japonés a occidente: «Es curiosísimo el don de asimilación que tienen los japoneses. Últimamente se ha representado en Tokio el drama de Shakespeare 'Julio César' [...] que ha cambiado con formidable éxito el kimono por la toga, obteniendo entusiastas y cerradas». *La Crónica*, N° 667, Año III. Lima, domingo 15 de febrero de 1914

fueron a las manos asestándole Santiago Asím una soberbia puñalada a su *raquítrico* paisano»<sup>30</sup>; el robo perpetrado por un japonés genera solo una típica clasificación taxonómica (súbdito del Mikado), sin mayores estereotipos más que la sanción objetiva correspondiente al delito: «Alán, súbdito del Mikado, robó ayer a Arturo Castillo un estuche conteniendo varias herramientas de peluquero. Con tal motivo, Alán el japonés se encuentra arrestado en un calabozo de la comisaría»<sup>31</sup>.

A continuación, analizaremos la crónica «Consecuencias del juego»<sup>32</sup> publicada en *El Comercio* en 1905. Teniendo como contexto los días de carnaval, el relato narra un incidente acaecido por esta celebración: «Los japoneses Setaro Foyama y Takemore, entusiasmados con el juego de carnaval, se subieron ayer tarde al techo de la fonda N°32, de la calle Animitas de propiedad de Sandalio Porras y desde allí la emprendieron a globazos con todos los transeúntes». Desprovisto de estereotipos de subalternidad, los japoneses son representados como jóvenes traviesos cuyas acciones transgresoras parecen remitir a la de los mataperros criollos; hecho que lejos suscitar críticas – por el ataque a las personas o por invadir una propiedad privada-, parece ser celebrado por su picardía, tal como se aprecia al referir el «entusiasmo» mostrado para lanzar globos a las personas.

Efectivamente, el cronista relega la sanción típica de la crónica policial a un segundo plano, tratando con cierta dosis de humor la situación en la que se ven envuelta los japoneses. Líneas más adelante se menciona a la víctima y los daños que padece: «Porras, en los bajos despachaba a sus comensales que pedían sobre todo un arroz con pato, hecho según él a la chiclayana. De pronto el techo con el peso de los japoneses cruje y se desploma sobre las ollas que quedaron cubiertas de polvo». Narrado como parte de una anécdota divertida, la aceptación de estos hechos busca no generar en el discurso ningún proceso de victimización; mostrándose únicamente, al finalizar la crónica, una mención escueta al castigo recibido por la policía: «El dueño de la fonda reclamó veinte soles por los daños sufridos y como Foyama y Takemore se negaron a pagarlos, pasaron en calidad de presos a la comisaría del 30». Pendencieros, orgullosos y arrogantes en sus actitudes, estos sujetos presentan rasgos similares a los mataperros,

---

<sup>30</sup> *El Comercio*, Lima sábado 4 de junio de 1905.

<sup>31</sup> *El Comercio*, Lima domingo 4 de junio de 1905.

<sup>32</sup> *El Comercio*, Lima martes 7 de marzo de 1905.

al punto que solo la clasificación taxonómica parece distinguirlos. En definitiva, esto puede responder a una asimilación cultural mucho mayor, capaz de hacer de la distinción étnica entre un *nosotros* y los *otros* un contraste sin fuertes fricciones.

A modo de conclusión se puede decir que en los casos donde el asiático es posicionado como delincuente, el discurso intenta eliminar al sujeto mediante las diferencias (económicas, políticas y sociales), antes que mediante el sistema de legalidad del Estado. Como dice Edward Said, el otro se construye sobre una base de un discurso legitimado y de poder: «ninguna identidad aparece de la nada; todos son construidas de modo colectivo sobre la base de la experiencia, la memoria, la tradición [...] y una enorme variedad de prácticas y expresiones culturales, políticas y sociales<sup>33</sup>. En ese sentido, los estereotipos sobre lo *otro*, basados en creencias generales, justifican de antemano ese accionar delictivo, dándose prioridad a esta sea incluso si es opuesta al sincronismo estatal y arrastre estadios anteriores y arcaicos. Por consiguiente, lo dicho sobre lo japonés y lo chino especialmente, es una manifestación del racismo limeño y su imposibilidad de aceptar a estos otros, extraños y diferentes.

---

<sup>33</sup> Said. Edward. “Cultura, historia e identidad”, en Schroder, Gerhart y Breuninger, Helga (comp.). Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestión. Fondo de Cultura Económica., Buenos Aires, 2005, 39

### 3. Bibliografía

#### 3.1. Bibliografía básica

*El Comercio*, 1905, Lima  
*Variedades*, 1915- 1916, Lima  
*La Crónica*, 1914, Lima

#### 3.2. Bibliografía complementaria

Barthes, Roland. *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona: Paidós, 1987.

\_\_\_\_\_. *La aventura semiológica*. Barcelona: Paidós, 1990

\_\_\_\_\_. "El efecto de realidad", en *El susurro del lenguaje*, Barcelona: Paidós, 1994.

Casalino Sen, Carlota. "De cómo los «chinos» se transformaron y nos transformaron en peruanos. La experiencia de los inmigrantes y su inserción en la sociedad peruana, 1849- 1930". *Investigaciones Sociales* 15 (2005) 109-132

Foucault, Michael. *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza Editorial, 2005.

Metz, Christian. *Semiología del cinema*. Milano: Garzanti, 1972.

Martini, Stella. "Argentina. Informe prensa gráfica: delito y seguridad". En: Rey, Germán (comp.). *Medios y seguridad ciudadana*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina/ Fundación F. Ebert (FES), 2007.

\_\_\_\_\_. *Periodismo, noticia y noticiabilidad*. Buenos Aires: Norma, 2000.

Ludmer, Josefina. "Ficciones de exclusión". En: Buarque de Hollanda, Heloísa (comp.). *Y nosotras latinoamericanas? Estudio sobre género y raza*. Sao Paulo: Memorial de América Latina, 1992.

Paz Soldán y Unanue, Pedro (Seudónimo: Juan de Arona). *La inmigración en el Perú. Monografía histórico-crítica*. Lima: Academia Diplomática del Perú, 2005 [1891].

Rodríguez Pastor, Humberto. *Herederos del Dragón. Historia de la Comunidad China en el Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2000.

\_\_\_\_\_. *Hijos del celeste imperio en el Perú (1850-1900). Migración, agricultura, mentalidad y explotación*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario, 1989.

Said, Edward. "Cultura, historia e identidad". En: Schroder, Gerhart y Breuninger, Helga (comp.). *Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestión*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.

Xiaojing, Zhou. "Denaturalizing Identities, Decolonizing Desire: Videos by Richard Fung and Ming-Yuen S. Ma." *Jouvert*. North Carolina State University, 2000.

Yamawaki, Chikako. *Estrategias de Vida de los Inmigrantes Asiáticos en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos y The. Japan Center for Area Studies, 2002.